

MARTHA L. COTTAM y RICHARD W. COTTAM, *Nationalism and Politics: The Political Behavior of Nation States*, Boulder, Lynne Rienner, 2001, 305 pp.

Gran parte de la historia moderna está salpicada de conflictos y guerras cuyo origen se achaca a ese fenómeno –casi indefinible de tan etéreo– llamado nacionalismo. Y ocurre que también los estudios y análisis que sobre él se hacen son convertidos en campo de batalla, ya que pocas cosas hay más proclives a debates, muchas veces más pasionales que racionales, que el nacionalismo. Sobre el tema han hablado casi todos aquellos dedicados a las disciplinas sociales, desde el antropólogo hasta el economista.

El nacionalismo en las relaciones internacionales es un asunto, tal vez, aún más complicado. Para la escuela realista, el Estado es un actor racional y unitario, y en esa medida el nacionalismo y la identidad nacional –siendo, en el fondo, manifestaciones individuales o de grupo, además de profundamente irracionales– no se analizan por separado, sino que son vistos, a lo mucho, como herramientas discursivas que sirven para ocultar los verdaderos intereses del Estado. Por su parte, las corrientes de pensamiento liberal, más abiertas a la participación de grupos dentro del Estado en la formulación de políticas, muestran cierta desconfianza y temor ante las manifestaciones nacionalistas, ya que les resulta intrínsecamente reproducible toda doctrina que ponga en peligro el orden de un país o que provoque guerras. Y el nacionalismo tiene probada capacidad para ello. Por eso, los estudios liberales sobre el fenómeno tienden a ser menos objetivos que lo deseable.

Así, pareciera que el tema del nacionalismo en las relaciones internacionales es campo propicio para las visiones alternativas. Y el libro de Cottam y Cottam es ejemplo de ello: con un enfoque bastante peculiar, basado en argumentos extrapolados del psicoanálisis, se intenta explicar algunas de las conductas de los estados, estableciendo una relación entre el grado de lealtad nacional que la población tiene y la política exterior del Estado. Para los autores, el nacionalismo es un “resultado natural” de procesos psicológicos específicos, que producen manifestaciones y conductas políticas particulares, primero en individuos, y luego, por un proceso de extensión, en las instituciones estatales.

Ello, de principio, parece bastante polémico. Antes que nada, entrena a aceptar que la política exterior depende, en última instancia, de la condición mental e ideológica de los ciudadanos. Además, requiere admitir que el Estado puede ser absolutamente “irracional”; de hecho, se debería aceptar que su fuerza depende más de la subjetividad de sus habitantes que de valores más objetivos, como la capacidad militar, los recursos económicos o el sistema de poder internacional. Los autores, sin embargo, parecen

zanjar dichas cuestiones estableciendo que el Estado, al fin y al cabo, se compone de individuos y que la conducta de éstos es la que modula o delimita la de aquél.

Para probar dicha relación, los autores comienzan por clasificar los estados según su naturaleza “nacional” y su conducta política. Respecto de lo primero, establecen dos tipos: el verdadero “Estado-nación”, cuya población le otorga su lealtad primaria, por encima de cualquier otro grupo; y aquellos estados “no nacionales”, en diferentes subdivisiones, donde la población da su lealtad primaria a otros grupos (tribu, etnia, localidad) y el Estado tiene un lugar secundario o incluso inferior.

Esto ya presenta más problemas, y es que se toma una base puramente volitiva de la nación, donde ésta no es más que un “plebiscito de todos los días”. Empero, llevar la célebre frase de Renan a su extremo, puede ser muy poco esclarecedor y hasta tautológico: una nación acabaría siendo cualquier cosa con lo que estuvieran de acuerdo los que la componen. Por otro lado, el esquema citado supone que, quien analiza, conoce la jerarquía de lealtades de cada uno de los individuos del Estado específico, lo cual resulta algo problemático. Aún más –y esto sí es tema de gran debate–, en el libro se sobreentiende que las lealtades y filiaciones individuales pueden ser medidas.

Respecto de la conducta de los estados, también se establecen dos casos típicos: primero, el “Estado nacionalista”, que tenderá a ser más beligerante y receloso en relación con las amenazas que percibe del exterior, que cuenta con una población con intensa filiación nacional y más dispuesta a apoyar políticas agresivas, y donde la élite poseerá mayor autonomía de decisión. El “Estado no nacionalista”, naturalmente, se sitúa en el opuesto. Ello no deja de llamar la atención, ya que se insinúa así que los genuinos “estados-nación” son, por ese solo hecho, más proclives a conductas agresivas, y que, en esa medida, sería más seguro tener un mundo de estados no nacionales.

Si bien sería posible hacer un estudio sobre la obediencia de los ciudadanos al Estado, usando patrones como la evasión fiscal, el número y tipo de delitos, la cantidad y tipo de las protestas sociales, etc., uno acaba preguntándose con qué herramientas puede alguien medir lo que la gente “en verdad” siente y cree respecto de la nación. Intentado esto, los autores usan lo que llaman indicadores del nacionalismo: la existencia o no de una élite nacionalista “con mentalidad de cambio”, la predisposición de las masas a la participación política, la autovaloración del grupo en relación con su capacidad de crear y defender un Estado, la diferenciación (*uniqueness*) cultural, histórica, lingüística, etc., y la complementariedad de los grupos subestatales, es decir, su capacidad de coexistencia.

Con ello, también se presentan las dificultades: sólo encontrar la relación entre la participación política y la extensión popular del nacionalismo es una tarea ardua. Más difícil aún es probar que, efectivamente, el comportamiento de una élite, la viabilidad del Estado o la existencia de otras lealtades de grupo tienen un efecto uniforme en la conducta de miles o millones de personas distintas. En el capítulo segundo, los autores intentan demostrar la validez del esquema, recurriendo a “ordenamientos” (*clusters*) de ejemplos, notables por su generalidad: “Asia del Este”, que abarca Japón, China y Corea; “Europa del Este”, que incluye lo mismo a Estonia que a Bosnia-Herzegovina; “estados inmigrantes en el hemisferio occidental”, que comprende a los Estados Unidos y a Brasil y Cuba, pero que, sin explicación, deja fuera a Canadá y Belice. Incluso, hay un ordenamiento para “estados africanos multiétnicos sin una comunidad de base”, el cual acaba abarcando prácticamente a todos.

En el tercer capítulo, que intenta ser más específico, se tratan los casos de “identidad compuesta” de los Estados Unidos, Egipto y China. Lo único común a estos ejemplos es que, en su interior, hay un gran número de grupos que potencialmente tienen importancia política y capacidad de movilización: religiones y sectas, grupos étnicos, lingüísticos, corrientes políticas diferenciadas. Y, sin embargo, se asegura que estos estados tienen la lealtad primaria de la gran mayoría de su población.

Lo que no se termina de esclarecer es si se pueden comparar dichas lealtades. En el caso de los Estados Unidos y —en bastante menor medida— en el egipcio, es posible que las personas puedan otorgar libremente su lealtad al Estado; respecto de China, el no hacerlo tendría serias consecuencias. Y el lector no queda muy seguro de que a esto se le deba llamar “lealtad de primer orden”. Por otro lado, aparecen de nuevo las explicaciones no muy convincentes: en el caso de las minorías chinas (que, dicho sea de paso, se asegura que muchas no lo son porque, al fin y al cabo, todas son Han...), los autores aseguran que con ellas se ilustra el genuino trasfondo de la identidad: la gente es un grupo cuando se considera como tal. No hay duda, una conclusión sensata.

El cuarto capítulo forma la parte central del libro y, tal vez por ello, es donde el análisis se vuelve más imbricado. Aquí, se explica cómo los procesos de comparación y categorización social contribuyen tanto a formar la identidad del individuo y a darle seguridad interna, como a otorgar un contenido específico y una razón de ser al grupo entero. Así, las comunidades más cohesionadas y cooperadoras tenderán a ser las más activas y, en esa medida, conflictivas, respecto de las relaciones con otros grupos. En esa medida, la nación-Estado “auténtica” puede ser la más agresiva.

En este proceso, como en toda interacción social, tiene mucho que ver el proceso de creación de estereotipos e imágenes del otro, de acuerdo, en este caso, con la semejanza o diferencia de su cultura en relación con la nuestra, la amenaza que representa, y la percepción que se tiene de sus intenciones. Para cada sociedad, los demás se pueden dividir en siete categorías: enemigo, aliado, bárbaro, imperialista, pueblo colonial, subversivo (*rouge*) y degenerado. Todas estas categorías implican una serie de emociones (furia, resentimiento, frustración, disgusto, reproche, envidia, celos, etc.), cada una de las cuales trae consigo una reacción.

Los autores trasladan este proceso de diferenciación individual hacia los estados, cada uno de los cuales tenderá a ver a los demás en términos de dichas categorías. Éstas, como puede verse, poseerán más contenido emocional que argumentos racionales y, por ello mismo, podrán provocar errores de percepción, sobre todo con respecto a la real existencia de amenazas. Es común ver en el otro, simplificando enormemente, al “enemigo diabólico”: agresivo por naturaleza, monolítico y pragmático en su toma de decisiones, capaz de dirigir múltiples conspiraciones simultáneas: caso recíproco de los Estados Unidos y la URSS, en los peores momentos de la Guerra Fría.

El bárbaro, por su parte, también se percibe como agresivo, capaz de enorme brutalidad y con toma de decisiones centralizada, caso de la imagen que muchos israelíes tienen de los árabes y viceversa. El estereotipo del imperialista es el de quien intenta explotar los recursos del otro, sumamente astuto –aun cuando su estructura de poder no es unitaria– y capaz de cooptar a miembros del grupo propio. Por último, la imagen del subversivo, relativamente nueva, es la del insumiso, muy agresivo, incapaz de relacionarse y siempre intentando atacar el orden que el resto guarda. Se cita el caso de Irak, bajo Hussein, y de la Yugoslavia de Milosevic.

Otras imágenes llevan a comportamientos ligados más al sentido de aprovechamiento que al de amenaza. Por ejemplo, el estereotipo del degenerado es que está fragmentado, siendo sus motivos confusos e inciertos, y que es incapaz de administrar sus abundantes recursos. Por lo mismo, uno puede aprovecharse de él. Los autores afirman que una percepción de este tipo fue la que tuvo Saddam Hussein de los Estados Unidos antes de invadir Kuwait, o la que asumió el Eje en la Segunda Guerra Mundial. Otro estereotipo es el del pueblo colonial, del que uno se puede aprovechar dada su inferioridad e “inmadurez” en todos los ámbitos, lo que legitima el régimen foráneo y la represión, de ser necesaria.

Con un salto algo forzado, en el capítulo quinto se torna a examinar los valores nacionalistas de la población y su relación con el poder estatal. Dichos valores son, ante todo, la unidad, independencia, dignidad y presti-

gio del Estado, y el bienestar material de la población. Si alguno de ellos se percibe como amenazado, es probable que se genere una respuesta violenta, o bien, si se cree que existe una situación capaz de aumentar dichos valores, se presionará para aprovecharla, aun si ello implica políticas agresivas. Esto será más acentuado cuanto más las élites y la población tengan una visión nacionalista compartida (es decir, cuando sean una nación-Estado "auténtica"), o bien, mientras más capaz sea una de las partes de imponer dicha visión a la otra, lo que sucede, generalmente, en caso de la presencia, real o mítica, de una amenaza exterior.

En el sexto capítulo, se desarrolla un estudio de caso, tomando a México y Colombia frente a los Estados Unidos con respecto al narcotráfico. Los autores nos catalogan como un país de política exterior nacionalista, con una imagen imperialista negativa de los Estados Unidos y con una consecuente sensación de inseguridad propia, que —aseguran— hace, en ocasiones, que nos comportemos como si fuésemos más débiles de lo que en realidad somos. En comparación, el nacionalismo colombiano parece de menor intensidad, con visión imperialista, pero benefactora, de los Estados Unidos, lo que permite mayor cooperación relativa. Por su parte, los Estados Unidos de América, es de esperarse, nos ven bajo el estereotipo de colonias. Se citan, como ejemplos, el proceso de certificación y la demanda hecha por la DEA, a la administración de Ernesto Zedillo, para que dicha agencia pudiese controlar, con detector de mentiras, a los agentes antidrogas mexicanos, y vetar a los sospechosos.

Frente a este caso de conductas nacionalistas, propias de estados-nación (parece que el autor nos considera como ejemplo de tal), en el capítulo séptimo se trata de las políticas exteriores de estados no nacionales, englobados en tres subdivisiones: Irán y Rusia son ejemplo de estados con comunidad de base (*core-community*), mientras que la URSS y Yugoslavia lo son de estados multinacionales, y Nigeria, Bosnia y Líbano, de multiétnicos y multisectarios. El punto común a ellos es su política exterior: no poseen la habilidad para movilizar a la población en su apoyo, sobre todo en caso de que se deba exigir de ésta grandes sacrificios. También se asegura que dichos estados son muy vulnerables a las interferencias extranjeras, por su fragmentación interna. En pocas palabras, su "comportamiento" será poco nacionalista y poco agresivo. Increíblemente, los autores parecen olvidar —o dejar a un lado a propósito— a la Yugoslavia de Tito, la Unión Soviética de Krushev y el Irán del Ayatolá.

El octavo y último capítulo trata sobre el nacionalismo y sus peligros después del término de la Guerra Fría. Señala varios puntos de posible conflicto, como un incremento en la política agresiva de China y la explosión de rebeliones. Se advierte sobre la eventualidad de un apocalipsis en caso de que dos

países nacionalistas se enfrenten (Estados Unidos y China, al parecer), lo cual, hay que decirlo, tampoco es tema novedoso. La parte prescriptiva del libro sigue con la tendencia a la generalidad: se recomienda buscar el multilateralismo, la descentralización administrativa, y la firmeza de las decisiones en caso de operaciones de mantenimiento de la paz.

Al hacer la evaluación global del libro, el lector se topa con múltiples problemas y no pocas promesas incumplidas. Tal vez sea posible hacer un paralelismo entre la conducta individual y la de un Estado, pero es difícil creer que las cosas puedan llevarse tan lejos como para establecer que el Estado también tiene patologías y que, a menos que todos sus integrantes le sean leales, padecerá una suerte de conflicto de personalidad múltiple, que lo mantendrá ocupado en sus propios asuntos, dejando en paz al resto. Además, es muy cierto que en gran parte de África las lealtades son más tribales o étnicas que otra cosa, pero no se requiere un análisis profundo, ni ser psicoanalista, para concluir que ello debilita al poder estatal.

Por otro lado, el mismo psicoanálisis demuestra que, las más de las veces, lo que una persona dice creer o sentir no es sino una manifestación de motivaciones más profundas e inconscientes. Entonces, si los mismos orígenes de la identidad nacional del individuo son bastante inciertos, ¿cómo pretender que la conducta del Estado sea la suma de esos incógnitos, y que, sin embargo, se le puede clasificar y encasillar en unas cuantas categorías, cada una con su respectiva "neurosis"?

Aun cuando los autores declaran una y otra vez su neutralidad con respecto a la dimensión moral del nacionalismo, es evidente que no hay tanta; aquí y allá salta a la vista el intenso temor hacia dicho fenómeno.

La edición es francamente mejorable, en especial, por no pocos y a veces graciosos errores ortográficos, como aquella línea que dice, con toda seriedad y en cursivas, que "*poles of development*" son "*pollos de desarrollo*". Los capítulos, muchas veces, parecen del todo inconexos y sólo la intuición es la que puede hacer que el lector no pierda el hilo, mientras que las conclusiones son más que debatibles: al final, se afirma que mientras más "auténtico" sea un Estado-nación, más peligroso será, y mientras menos genuinamente nacional sea otro, menos agresivamente podrá comportarse. Sería muy fácil hacer una larga lista de casos que desmentirían tanto la primera como la segunda afirmación.

Al final, se hace poca justicia a un tema que merece explorarse con detenimiento: cómo los individuos y los grupos construyen, aceptan y transforman una identidad y una doctrina nacionalista, y cómo ello puede repercutir en el poder y las estructuras del Estado. De hecho, no son pocos los estudios de este tipo; uno de los más conocidos es el clásico de Adorno, *La personalidad autoritaria*. En el libro de Cottam y Cottam se termina por

transmitir más dudas sobre la existencia de dicha relación, que otra cosa. Si bien es cierto que es de capital importancia e interés comprender –o, al menos, entrever– las motivaciones que pudiesen guiar a un individuo o grupo social a comportamientos agresivos, el intento de llevar al Estado al diván parece, francamente, un exceso.

HENIO HOYO PROHUBER